

LA GUERRA DE 30 AÑOS.

I.

DISCULPAS.

Frescos aún los últimos renglones de mi manuscrito, lo entrego á la mano secular del impresor, para que derrame copias, si es posible, por todo el mundo.

Al escribir me propongo todos los objetos posibles: divertirme y divertir á los otros; recibir una leccion ó darla, hasta arrancar un aplauso si no es escesiva mi pretension. Yo no tengo modestia ni hipocresía: escribo para que me lean, para que me celebren si lo merezco, no para que me adulen, ni mucho ménos para guardar mis borradores empolvados y contemplarlos en la soledad, como el ava-

ro contempla su dinero, tomado ya con la humildad del pozo que lo oculta.

Nadie me ruega que publique yo mi obra, ni nadie me rogó que la escribiera: ambas cosas las hago por mi espontánea voluntad, y entre los objetos que me propongo, uno de ellos es hacer una prueba de mí mismo.

En este libro no hallará el lector, ni maldiciones, ni puñaladas, ni brujas: ni siquiera intrigas y enredos. Es una relacion fria; una hipótesis si se quiere; una historia imaginada en parte, en parte sentida; historia que cuento como contaria otra cualquiera.

No es tampoco un sermón de moral, ni un curso de galantería, ni un cuento de las Mil y una Noches. De todo tiene y principalmente de amor: amor mezclado con el desaliento y la tristeza; amor á la moda del siglo, escéptico, ideal y.... todo lo demas que nos traen los vientos de allende los mares. En fin, novela.

Pero la novela ha tomado el mismo giro que la pintura: los personajes se toman del natural, dejando á la imaginacion solo los adornos: y si es necesario presentar á una muger desnuda, ó un hombre en el acto de meter su mano en la arca que va á robar, así se pinta, porque, esa es la verdad.

Algunos dicen que esa libertad corrompe.... es posible; pero yo no he encontrado todavía un solo caso en que la verdad y la moral no anden her-

manadas; desde que un dia las vea entrecortarse y no seguir paralelas siempre, una al lado de la otra, en perfecta armonía, desde entónces procuraré escribir cuentos llenos de brujas, de encantadores, de palacios de cristal y princesas esclavizadas por gigantes. Pero mientras no suceda eso, escribiré mi historia y la agena; no ocurriré al ingenio ni á la imaginacion, sino á la memoria de los sucesos que ví ó de que fuí actor.

Si la pintura le ha dado á la novela la naturalidad, la filosofía ha comunicado tambien á todos los escritores el deseo de saber el *por qué* de las cosas, y el espíritu analítico se ha mezclado hasta en los negocios mas frívolos. Menor mal; aunque no falta quien diga que la literatura moderna, desalienta á mas de corromper, y marchita las flores de la juventud ántes de dejarlas brotar.... desilusiona; esta es la espresion. Pero si esta ilusion es una verdad, no podrá destruirla un cuento, una invencion de escritor ligero; si no es una verdad, nada se ha perdido.

Si las novelas del escepticismo moderno, quitan ilusiones, en cambio dan lecciones de esperiencia; y si despiertan de la embriaguez juvenil, robustecen el corazon, lo endurecen, contra los engaños y los dolores.

Correr ciego para estrellarse contra una roca, cuando creia uno abrazar un ángel, es mas doloroso, que ver el peligro de léjos, desviarse para evitarlo, ó permanecer quieto y resignarse. No se

gozan ilusiones ni se sufren desengaños: se esteriliza el alma y se muere el corazón.... Pero la creencia en otra vida es la garantía del placer inmenso, positivo, inagotable; el único que satisface el alma.

El paraíso del mundo quedó agostado el primer día de su eflorescencia; no hay que buscar flores ni juncos para tejer una corona, sino tomar un tronco viejo y enhuecado por los gusanos, para arrojarnos al mar de la vida, y dejarnos llevar del viento que conduce á la playa desconocida de la eternidad.

Si en este libro ha de encontrarse un pensamiento, este es probablemente. Esta es la gran consecuencia que han sacado todos los filosofadores posibles.

Aún no comprendo el amor. Todo lo que conozco de él es el lenguaje aprendido en el mundo, y que será el que use para que el mundo me entienda.

Un corazón frío y susceptible; desconfiado y crédulo; sublime y pervertido; afectuoso y misántropo; todo á la vez.

Este es en resumen el carácter del protagonista, la idea desarrollada según mi intención.

Una cosa será preciso advertir, y es, que del estilo y la ejecución se puede juzgar desde el primer capítulo, pero del pensamiento fundamental solo hasta haberlo examinado por todas sus facetas. Así

espero que no formarán juicio los lectores hasta que no hayan visto las dos caras que, como al tiempo, pienso ponerle á mi hijo.

Fácilmente se observará que todos los personajes son bozetos y no figuras acabadas: el cuadro está solo perfilado é indicadas las tintas; pero de otra manera la obra habría pasado los límites de prueba.

Tal vez mañana cada uno de los nombres de este catálogo, sea el título de otra novela.... La amenaza es terrible para el que no guste de mí: lo comprendo, y por eso no lo prometo, sino que me contento con indicar que es posible.

Si ahora coloco la escena en España, á donde nunca fui, razones tengo para ello; pero más adelante, y si Dios lo quiere, haré que mis hijos vivan en donde yo he nacido, en México.

Probaré, si es posible, hallar dentro de mi país la novela; y la novela original, indígena.

Hombres sin patria, y patriotas sin nombre: mujeres divinas que se consumen en el marasmo de nuestra pereza social, ó que se prostituyen en la ignorancia; almas sin vida, corazones sin afectos; calaveras ridículas; artistas sin gloria; ciudadanos sin porvenir: una época que se va, otra que comienza: dos generaciones que luchan sobre la tierra más florida y bajo el cielo más claro.... la Europa espionándonos; los hijos de Washington queriendo hacernos felices á traición....

Esta es la mina inagotable que tienen los novelistas mexicanos. Yo no explotaré todas sus vetas;

soy demasiado perezoso para obra tan laboriosa; pero las denuncio para el que tenga mas ambicion que yo, ó mas habilidad.

Por ahora me he conformado con matar el fastidio y soltar la pluma. Mas adelante tengo el tiempo.

Una última aclaracion tengo que hacer. Nunca he visitado la península de nuestros conquistadores; y digo Búrgos y Madrid, como diria Constantinopla ó Chihuahua: por eso no me detengo en pormenores topográficos ni astronómicos. Si digo que en Búrgos hay un teatro, es porque á mi propósito necesitaba un teatro; si digo que en Madrid el sol sale por Antequera ó por Cádiz, es porque para ser de día no se necesita de que el sol salga por el Oriente, sino de que salga, y no importa por donde. Con esto quedo autorizado para inventar un nuevo sistema de geografía al uso de los que sean como yo.

Por último; si digo que los burgaleses ó los madrileños son unos herejes y unos hotentotes, no me crean: yo sé á quien lo digo, y no hago mas que tomar un nombre prestado.

Entre los miedos que me asaltan, uno de ellos es el de que se encuentren escenas demasiado vivas: si esto es un mal, si en efecto he traspasado los límites de lo justo, escribiendo cosas imposibles, me atengo al mal ejemplo de otros escritores, que con una reputacion intachable y una fama univer-

sal, han dado tintas mas fuertes todavía, sin ofender á sus lectores.

Por otra parte, nada se hallará en este libro que no haya sido visto, sentido ó imaginado por cada uno; y respetando el precepto prudente de no decirlo todo, aun me he callado algo; todo lo que reprobaria la susceptibilidad pública, el pudor convencional de las sociedades.

Con esto ha terminado la introduccion. Si algunas reflexiones nuevas me ocurrieren las haré en el epílogo.

México, Mayo 20 de 1850.

II.

AQUÍ COMIENZA LA HISTORIA.

Me llamo Gabriel, y nací predestinado al martirio. A falta de verdugos barbones y atezados como los que salen en los dramas, nacieron las mugeres, que sin matar de un hachazo, saben desgarrar el corazón con la sonrisa en los labios, y el rubor en la frente.

Yo fuí enviado à la amiga, casa de educacion ambisexual, donde los varoncitos primero aprenden à tejer cordones y ensartar la aguja, que à leer ó rezar.

La maestra, castellana vieja, sabia perfectamente bordar, coser, y leer de corrido; todo, cuando tenia puestos unos anteojos de vidrios redondos, que cabalgando se apoyaban esclusivamente sobre las narices. Cuerpo flaco y huesudo, semblante severo, voz ronca, y unos dedos que cuando me pellizcaba, me parecian tenazas.

Dedicada aquella vieja chocante à la enseñanza

de la niñez, solia ocuparse tambien de la juventud. Entre las niñas que iban habia una de muy cerca de quince años, que aún aprendia à coser.

Bonita debia ser Chucha para que yo, de siete ú ocho años, lo conociese. Pero de siete años, ni la iglesia considera à un niño capaz de pecar.

Seguramente era yo uno de los mas malcriados porque Chucha me veia con repugnancia. A mí que me importaba? No por eso me parecia ménos bonita.

Chucha estaba un dia preocupada con su labor, agachada sobre su almohadilla: pasé junto à ella; ví que la ocasion era oportuna, y pasándole mi brazo por el cuello, cuando ella volteó la cara à ver quien la interrumpia, le planté un beso, y eché à correr riéndome de mi travesura: por travesura lo hice, por molestar à la que me veia con repugnancia.

Todo pasó à la luz del dia, en plena concurrencia: ¿por qué me habia de esconder? Ella, no obstante, me acusó con la maestra.

—¡Ola-niño!—me dijo la maestra, trayendo ya la disciplina en la mano; ¿con que vd. es tan indecente y tan desmoralizado?

—¡Ay! señora maestra, si yo....

—¡Quiteusté allá, niño corrompido.... Voy à hacer con vd. un ejemplar, para que no cunda su mal ejemplo entre tanto inocente.

Y ¡zas! me plantaron unos cuantos azotes.

Yo lloré, no precisamente por los azotes, sino

por el despecho de ver la presura y la alegría con que algunos de mis compañeros me agarraron y me tenían mientras me vapulaban. Se estaban ensayando de verdugos.

¡Verdugos para mí!... Si no había cometido ningún pecado; mi intencian no era maliciosa.

Pero Chucha me acusó, la maestre me azotó, mis compañeros se gozaron en el castigo.... Luego he cometido un gran crimen sin saberlo; luego es *malo* besar á las mugeres!.... Ya me guardaré otr o día de hacerlo delante de todos.

Con este propósito, y no siendo uno de esos muchachos preguntones, que ponen en aprietos á sus tías ó sus nanas, pasé por inocente hasta los diez y ocho años.

Y realmente lo era, gracias á la Providencia

Una niña que me acompañaba en mis travesuras infantiles, y despues una parienta jóven, fueron los agentes del diablo, como diria una beata, encargados de educarme. Yo era, sin embargo, un angelito, y por mas que ahora percibo la claridad y la eficacia de sus insinuaciones, no supe entónces corresponder á sus inocentes deseos; sí, inocentes; estoy seguro de que tan poca malicia había en ellas como en mí; no obedeciendo todos sino al instinto.

Sin comprender yo todavía el fin para qué fué creado el hombre, buscaba á las mugeres, gustaba de su compañía, las acariciaba con complacencia y sentía un bien estar indefinible á su lado, por mas que fuese vago el afecto, desconocido el fin, y la intencion inocente.

En el colegio recibe uno los primeros malos ejemplos de tener novia, escribir cartitas y enamorar en general á las mugeres. Hablaba yo con mis compañeros de galanteos, escuchaba sus confidencias, y hasta les daba consejos, cuando todavía mi corazon no sentia el primer movimiento, y mis labios no habían pronunciado la primera palabra de amor.

Deseos sin nombre ni objeto, impulsos efimeros, imaginations vagas era todo lo que sentia, cuando por fin las circunstancias me hicieron concebir la primera pasion.

A ún vuelvo á preguntar, ¿he tenido alguna?...

1828, Junio.

Tenia 18 años. Revoluciones de familia me sacaron de mi casa, para conducirme á la de un hombre estraño, viejo austero y corrompido, cuya vida se me ha revelado despues con todos sus horrores.

Mi nueva familia se componia de este hombre, una señora cuarentona y dos jóvenes, bonita una de ellas, que no llegarían á veinte años.

Con la misma exactitud de un soldado entraba yo y salia á la casa á ciertas horas, comia por platos fijos, hablaba lo enteramente necesario, y muchas noches desde la oracion me encerraba en mi cuarto, para no volver á ver á nadie hasta el dia siguiente.

Ninguna de estas mugeres me llamaba la atencion: vivia con ellas, como entre hombres; siempre

con reserva á pesar de la familiaridad de la vida doméstica.

Mi primer mal pensamiento fué una muger tan vieja como atractiva y hermosa, que me enamoró regalándome toda especie de golosinas. Solo unas cuantas escenas notables recuerdo de esta historia.

Era una tarde bien hermosa: la casualidad me reunió en un jardín con otras personas, entre ellas Agustina, que así se llama esta primera heroína. Despues de haber paseado un rato, nos sentamos todos en una banqueta de piedra, formándose los grupos por edades y condiciones. Agustina estaba en la estremidad de la línea de las gentes grandes cerca de mí, que era el primero en la fila de los muchachos.

La conversacion comenzó entre nosotros por flores, siguió con travesuras y propósitos de placer, terminando por golosinas.

—Pues que, ¿le gustan á vd. mucho los dulces? me preguntó Agustina.

—Sí—le contesté con la mayor sencillez.

Acabó la tarde y nos separamos todos.

Agustina era una muger de alta y proporcionada estatura; gruesa pero de talle flexible; una blanca esquisita; unos ojos de azabache; un cuello y una espalda provocantes: su hermosura habia sido proverbial en todo Madrid, y á los cuarenta años era todavía bastante buena moza para tener pretendientes y llamar la atencion.

Pocos dias ántes de esta tarde la habia yo visto;

nuestras casas estaban inmediatas, y su aspecto me habia hecho una impresion bastante agradable; pero en todo pensaba ménos en ella. La única especie de relaciones que podia haber entre los dos, ni la concebía yo; la hubiera concebido, y me habria parecido un disparate, supuesto mi carácter, mi miedo y mi escolasticismo. Deseos muy vagos escitó en mí su hermosura, pero no fijos, si no los que á esa edad despierta toda muger, en la organizacion de un niño que comienza á sentir los primeros impulsos.

Al siguiente dia recibí en mi casa un plato lleno de esquisitos dulces, que Agustina me mandaba: Agradecí mas los dulces que la fineza, porque de chico fuí algo goloso, y se me olvidó la muger, á la vista de las almendras garapiñadas y el guayabate.

Ya el lector habrá previsto que bien pronto hallé la ocasion de visitar la casa de mi bella vecina. Gabrielito, *en diminutivo*, era tratado con zalamería, con agasajo, con delicadeza; los dulces llenaban mis bolsas y mi estómago, y recibia yo pruebas de confianza íntima que me sorprendian.

Agustina vivia sola, enteramente sola con los dos ó tres criados que la servian: su pequeña casa muy semejante á la de un soltero rico, estaba adornada con gusto; su mesa era esquisita; su traje era elegante y aunque no tenia coche propio, nunca le faltaba uno bueno para salir á hacer sus visitas: yo no le conocia marido, amante, familia ni rentas. Esta vida independiente y cómoda me era inespli-

cable; pero yo hallaba aprecio y dulces; y poco á poco mis visitas se hicieron frecuentes; poco á poco fué agradandome aquella muger, hasta serme necesaria, hasta inquietarme cuando no la veia yo en cierto tiempo.

Mi intimidad creció naturalmente, y ya no respetaba yo la etiqueta de las horas para visitarla. Una mañana bien temprano me dió el capricho de verla: subí, la criada me observó que aún estaba en la cama su señora; yo hice que le avisaran, y se me introdujo hasta la recámara.

Mi sorpresa fué como de muchacho de 17 años, no iniciado en ciertos misterios: aquella recámara era para mí un retrete encantado, de aquellos que solo se ven en los cuentos. La cortina del balcon habia sido medio descorrida al entrar yo, de modo que los objetos aparecian con la media luz que deja ver á la imaginacion todos los encantos que inventa: muelle alfombra, colgaduras ricas, muebles valiosos, un tocador magnífico lleno con todos los dijes y las chucherías de una coqueta; cuadros preciosos, en fin, una cama régia cubierta con un cortinaje blanco, entre cuyos pliegues asomaba una muger hermosa.... muger que sabiendo que iba yo á entrar, no cubrió el seno hasta que me vió á dos pasos de su cama.

Me senté en el sillón de la cabecera, y Agustina recostada sobre un mórbido brazo desnudo, con el otro sujetaba la ropa contra el seno de tal modo,

que haciendo manifiesto el empeño de taparlo, provocaba mas el deseo de verlo.

Una muger *comme il faut* siempre tiene perfumada su recámara; y un perfume es para mí el mejor estímulo de los sentidos: aquella atmósfera me embriaga; mis ojos penetraban el tejido de las ropas que cubrian aquel cuerpo mórbido que se dibujaba debajo de ellas; sus miradas me turbaban. Dentro de mi imaginacion habia un volcan; el corazón me latia con violencia; la respiracion me faltaba.... ¿Qué hablamos?—no lo sé. Ella me decia palabras que he olvidado por que entónces no las comprendia; frases de tierna amistad, de aquella amistad entre hombre y muger, que tan fácilmente degenera.

Después de un momento ví sobre una rinconera una Vénus de marfil toda desnuda, y frente á la cama un buen cuadro de Susana sorprendida en el baño, que yo tomé por otra Vénus... Todo aquello era para mí la revelacion del placer; acaso estaba yo tan cerca de él como de Agustina, que en aquel momento me parecia una divinidad.

Pero comprimí mis impulsos por miedo, por respeto: me parecia una profanacion hasta el deseo que sentia sin espresar; leia yo en sus ojos la ira de la indignacion á la menor de mis insinuaciones; me inspiraba mas veneracion que la que hoy tendré á la virgen mas pura y delicada. Por otra parte, ¿sabia yo acaso lo que debia decir, ni lo que debia hacer?... Las vias de hecho y las lisonjas acaroradas que seducen á la cortesana, las ignoraba yo,

lo mismo que las frases y las caricias del platonismo. Aunque hubiera vencido los remordimientos que ya sentía, me separaba todavía de ella el abismo de la ignorancia. Agustina por su parte nunca intentó violentarme; quería seducirme, despertar mis deseos, darme las primeras lecciones para gozar del entusiasmo virginal de un niño inocente.... porque lo era; ningun otro habria sentido mayores remordimientos por solo haber consentido un momento; ningun otro habria permanecido firme como yo, en medio de tanto peligro.

Despues de un cuarto de hora, largo como el martirio, me levanté para irme.

—A dónde va vd.?

—A la calle. Ya es hora de que se levante vd.

—No; mas tarde.

—A lo ménos me saldré á la otra pieza mientras vd. se viste.

—Aún no tengo gana de levantarme.

—Tal vez estorbo.

—¡Oh! no: tengo mucha pereza, y hoy no me levantaré hasta muy tarde.

—¿Está vd. enferma?

—¡Dios me libre!.... Es el único bien que pido al cielo, que me libre de ser una de esas mugeres enfermas y repugnantes.

Yo cambié esta conversacion que me violentaba; despues de dos horas de hablar poco y tragar mucha saliva amarga, me despedí y salí de aquella alcaoba buscando aire fresco y puro que respirar.

Hoy, corrompido ya mi corazon, es incapaz de sentir los mismos afectos, y no puedo describir aquel estado violento, en que tan pronto me punzaba un remordimiento, como me dejaba arrastrar del torbellino de placeres desconocidos que me prometia aquella muger: sentía yo un calor seco, árido, quemante; me deslumbraba la luz, me tostaba el sol... Cuando al cabo de algunas horas pude calmarme, me quedó un desabrimiento, una tristeza, un terror, como si en efecto hubiera cometido un crimen.... temía yo que al llegar á mi casa me conocieran en los ojos de donde iba, y lo que habia pensado.

En la noche no pude dormir hasta muy tarde: la imaginacion estaba ecsaltada. ¿Quién era aquella muger? ¿cómo vivía con aquel lujo? ¿su conducta era franca y sencilla, ó corrompida y maliciosa?... Bien pronto tomé informaciones, que por casualidad fueron mas estensas de lo que podia esperar, y voy á contar lo que supe, para que se juzgue el efecto que produciria en mi corazon.

Agustina habia sido una muger linda en su juventud: primero amante y despues esposa de un poeta, cuyos amores recordaba ella con tanta ternura, que un dia que casualmente leí yo delante de ella y en alta voz, una oda de Garcilaso, la ví llorar y suspirar.

—¿Por qué esas lágrimas?

—¡Recuerdos!....

—¿De qué?

—De mis únicos amores.

En otra edad se habría ofendido mi amor propio con esa respuesta: entónces solo sentí el pesar de no ser ó haber sido el hombre que merecía aquellas lágrimas despues de veinte años de muerto. Breves fueron los años de sus amores, pero tan llenos de placeres, que á esta muger le bastaban los recuerdos para entristecerla ó alegrarla. Su vida presente dejó de ser un misterio para mí: esta muger ya no amaba, ahora lo entiendo así; pero acostumbrada al lujo, tuvo que ponerle precio á su hermosura, y se dejaba galantear por los magnates,

De entre estos, un canónigo rico y ciego ya, acaso á fuerza de amor, era el actual poseedor: yo, gracias á mi candor no lo habia entendido, y acababa sus visitas á antigua amistad, á parentesco lejano... me parecia imposible que un moribundo á quien sus criados ayudaban á subir y bajar las escaleras, pensase en placeres de esta especie, y los apreciase en tanto que les sacrificara su fortuna. Por otra parte no estaba yo aún iniciado en los secretos de la galantería senil, y se me hacia imposible todo placer recíproco entre la vida y la muerte

A medias lo comprendia yo todo, teniendo que suplir mucho con hipótesis y teorías, que no revelaba á mis amigos por temor de la burla; pero esto me bastaba para tener en mi imaginacion un continuo fuego que me atormentaba.

A pesar de todo, mi valor no crecia; siempre tímido, no osaba yo ni mirarla; sus ojos me hacian

poner colorado como un carmin. Pienso que ella gozabamas mirandome en esta situacion, que teñiendome en sus brazos; y por eso ni me precipitaba, ni me alejaba enteramente.

Siempre he sido delicado ó orgulloso, y semejante al D. Amadeo de Breton, le he tenido mas miedo á un desaire que á una enfermedad; permaneciendo por esta causa siempre callado, á pesar de todas las probabilidades que tenia en mi favor. Aún creia yo en las mugeres el apego á la reputacion, y no miraba que mi edad, mi condicion y mi simpleza eran sus mejores garantías contra la maledicencia. ¿Quién va á sospechar que un pobre diablo de estudiante, con sus zapatos abotinados y su turca rota es el poseedor de una cotorra hermosa?... ¿Quién, aunque se lo cuenten, creerá que un imbécil colegial, sin maneras ni lenguaje, hasta sin alma todavía, es el galan misterioso de una cortesana presumida?... Bien tarde sé que esa inmensa distancia aparente es la garantía; ahora sé que los extremos se tocan, y que por lo mismo que el mundo no cree que hay peligro entre un hombre despreciable y una muger de mérito, son mas frecuentes las relaciones entre ellos, á medida que la muger tiene mas talento y mas pudor.—Ahora me esplico y creo las fortunas de algunos mas despreciables que yo, con mugeres mas encumbradas que esta: hasta conveniencia suele ser para muchos maridos, un amante de esta especie que no compromete su honor, que lo libra muchos dias de su

muger, y que puede arrojar de un puntapié el día que se le antoje, sin que los ociosos se pongan á interpretarlo desfavorablemente; cuando mas, se supone que pretendió, mas no que alcanzó gran cosa. Las mugeres por su parte tienen un amante (si es capaz de serlo) sumiso, obediente y virginal, que les sirve hasta de lacayo; que en vez de mandar obedece, y que tomando por un favor, lo que acaso no es mas que necesidad, se muestra agradecido y reservado, aunque no sea sino por miedo del marido, el papá ó el hermano: jamas levantará la voz ni pretenderá en público una de aquellas deferencias que importan la posesion á los ojos de la sociedad; porque aunque no ignore siempre el imperio que se adquiere sobre la muger poseida, teme un desaire que le haga la muger, con tanta mayor firmeza, cuanto mas interes tenga en acallar la maledicencia.... Ay!... todo esto ignoraba yo—Pero me ha servido de algo el aprenderlo despues?

Una de aquellas noches de verano, en que hasta el aire queda tibio y pesado, me salí desesperado de casa para disipar una tempestad que estaba formandose en mi imaginacion. En vez de ir á tomar un baño de agua fria, el diablo me condujo á casa de Agustina: pensé que su vista me consolaria.

El cuarto en que me recibí estaba alumbrado apenas por una sola luz colocada en el rincon mas apartado; Agustina estaba junto al balcon, tirada en un ancho butaque.

—Si es vd. escrupuloso no me mire; porque me muero de calor y no he de taparme. Arrimo vd. su silla.

En efecto se hubiera escrupulizado hasta un doctor; cuanto mas un simple estudiante de lógica.

Ella habia tenido puesta una bata de muselina blanca, abierta toda por delante, y safandose las mangas se habia despojado de ella, quedandose con los brazos y el seno descubiertos, á merced de una camisa desjaretada. No era aquel espectáculo muy propio para calmar mi imaginacion, mas y mas exaltada por la hora, la soledad, y las sombras. Insensiblemente fuí acercando mi silla, sin pensarlo yo mismo, y pienso que estaba próximo á cometer una barbaridad, cuando la puerta se abrió con estrépito.... El canónigo—fué la primera idea que me ocurrio, para mas atormentarme; y no era por fortuna sino un pariente, que saludandonos en comun fué á acostarse al sofá mas inmediato. Este pariente impolítico fué el ángel de mi guarda; mis malos pensamientos se disiparon como por encanto; recobré mi tranquilidad, y me despedí á poco tiempo tan calmado y tan frio, como se encuentra uno despues de haber pasado una sorpresa.

Agustina era el único origen de los pocos regaños de mi huésped, cuando solia tardarme mas que de costumbre; los domingos eran mis días de gloria, porque podia yo estarme en su casa toda la tarde y una parte de la noche, despues de haber comido dulces en una mesita servida ecsprofeso

para estos tête-à-tête que me deleitaban. Una de estas noches sucedió que al despedirme se desató uno de aquellos aguaceros formidables que recuerdan el diluvio, y amenazar repetirlo. Pasó media hora, y una, y dos, y las calles se anegaron, y las nubes se empeñaban en llover de una manera escandalosa....

—Si tanto empeño tiene vd. en irse—me dijo mirando mi inquietud—mandaremos buscar un simon..

—No, para qué?.. respondí asustado.

El tal ofrecimiento me espantó de veras, porque no tenía ni un solo real en la bolsa, ni podía pedirlo en la casa donde estaba alojado: además temía que trasluciese mi miseria, y manifesté mayor resignación desde ese momento. Pero sonaron las nueve de la noche y yo no podía detenerme más; tomé mi sombrero con resolución y me iba á despedir.

—Si llueve à cántaros, angelito, ¿como se va vd.

—Mojandome.

—A esta hora ya es imposible hallar un coche; debe vd. quedarse.

¿Comprendes, lector, lo que queria significar esta palabra?—Luego añadió:

—Dormirá vd. en el sofá mas cómodo.

—Mil gracias, estaria bien en cualquiera parte; pero...

—Y á no ser por los criados le ofreceria á vd. mi única cama; porque lo creo bastante buen muchacho para temer nada...

¡Picar así mi amor propio!... Pero yo era un animal, y cerré el alma á la seducción. Me envolví lo mejor que pude en mi vieja capa, me calé el sombrero hasta los ojos y me eché á nadar con mis pantalones blancos, que eran mi gala dominguera, el orgullo de mi guardaropa, y la envidia de mis compañeros. El casto José hizo menor sacrificio dejando la capa en poder de la muger de Faraon, que yo echandome á navegar en el lodo con mis pantalones blancos, que gracias á las trabillas no pude ni remangarmelos siquiera.

Algunas veces se me pasea el pensamiento de que Agustina estudiaba el modo de incitarme, de seducirme.

Otra noche estabamos conversando muy tranquilos: la luz estaba opaca, y tomé las despabiladeras para avivarla.

—Pero no vaya vd. á hacer lo que P....

—A propósito: hace muchos dias que no lo veo aquí.

—Ni volverá vd. á verlo probablemente.

—¿Por qué?

—¿No le he dicho á vd.?....precisamente por que es un mal despabilador.

—No entiendo....

—¡Qué original!.... todavía me da risa.

—¿Pues qué sucedió?

—Estabamos platicando una noche, v. g. como vd. y yo ahora, y levantandose á despavesar la luz la apagó; yo iba naturalmente á llamar á una criada para que la encendiese; pero él deteniendome

me dió un beso, al mismo tiempo que me abrazaba con la mayor violencia.

—¿Y vd. que hizo?—pregunté sin saber que decia de puro ruborizado al oír tal confidencia.

—Yo le grité á una criada, trajeron luz y á poco rato se despidió enfadado. Desde entónces no ha vuelto..... ni volverá..... Atacarme de esa manera, y ofreciendome qué sé yo cuantas onzas.... Yo seré fácil por amor ó por capricho, no por dinero: afortunadamente no me falta nada.... mas bien me dejaria llevar del placer que de la ambicion.....

Todo esto era griego para mí, que no quise entender el precepto bien claro de apagar la luz, abrazar á mi maestra, darle un beso, y ofrecerle, en vez de una onza de oro, una arroba de amor y un quintal de ternura y entusiasmo.

Desde ese dia me chocó el hombre del cuento hasta mas no poder, los instintos despertaban; y Agustina me parecia tan pura como Lucrecia.... la romana, que aún no conocia las proezas de la Borgia. Esta mentira, ó realidad, que ella me contó seguramente con ánimo de decidirme produjo el efecto contrario, y desde ese dia le cobré mas respeto y mas miedo: y si ántes no tuve mas que deseos, despues me acostumbé tanto á reprimirlos, que llegué á estar perfectamente tranquilo á su lado.

Esto basta para dar una idea de mis primeras impresiones. Mas *grandecito* volví á verla, ya vieja y repugnante; y al recordar el tiempo perdido lo lloré, como dicen que hacen los santos.

III.

LAS VACACIONES.

Setiembre.

Los anteriores devaneos solo duraron unos cuantos meses: llegó una temporada de vacaciones (porque soy estudiante) y mis superiores dispusieron que las pasara yo fuera de Madrid-Segovia fué el lugar de eleccion, tanto por su cercanía, como porque mi viejo tutor, á quien desde ahora llamaremos D. German, tenia allí un amigo, en cuya casa podia yo ir á posar, sin hacer grandes gastos.

Nunca habia yo salido del hogar paterno, ni habia viajado mas allá del Canal ó el Prado, y eso con un mozo ú otro acompañante cualquiera, que los señores mis padres me imponian como condicion de la liciencia para salir. Ya se puede considerar en consecuencia, lo que yo sentiria mirandome en medio de un camino, solo, dueño de mí mismo, y con una cartera que contenia entre algunas cartas de recomendacion una libranza á mi favor...